

Prólogo

*E*l sol se perdió tras el horizonte y su última luz se desvaneció como el humo de una vela recién apagada. La oscuridad descendió sobre la orilla del acantilado y la hilera de árboles, convirtiendo el accidentado litoral bretón en el tipo de terreno que Simon Aristide mejor entendía: una tierra de noche y sombras.

Con las manos protegidas por guantes negros, el cazador de brujas sostenía firmemente las riendas de su montura. Igual que su amo, la briosa yegua negra como el ébano se fundía con la oscuridad. El pelo de Simon, largo hasta los hombros, era tan negro como las crines del caballo, y lo llevaba igual de revuelto por el viento que soplabá del mar; además, vestía todo de negro, desde sus gruesas botas de cuero a su jubón de piel; su cara ensombrecida por la barba no mostraba ningún espacio blanco que fuera a alertar a algún posible enemigo, con la piel curtida por los muchos días que llevaba cabalgando expuesto a los elementos.

Simon tenía un semblante anguloso, una boca de expresión dura, implacable, rara vez suavizada por una sonrisa. El ojo izquierdo sano era tan oscuro como todo él, y brillaba de penetrante inteligencia. El ojo derecho destrozado lo llevaba normalmente tapado por un parche. Una fea cicatriz, consecuencia de un duelo, le atravesaba la frente, dividiéndosela en dos, desaparecía bajo el parche y le bajaba como un delgado surco estropeándole la mejilla. Era un hombre temible, alto y de extremidades nervudas y musculosas. Cualquiera que lo atacara tenía que estar loco.

Pero él había llegado a la conclusión de que las personas que lo perseguían, o bien estaban locas o estaban poseídas por una maldad o crueldad de un grado escalofriante. En una noche como esa, se decía, lejos de toda señal de presencia humana, prefería pensar que sus perseguidoras estaban realmente dementes; pensar eso era más tranquilizador que la alternativa.

Dado que la oscuridad se iba haciendo más y más densa a su alrededor, resistió el impulso de instar a *Elle* a galopar. Con la más mínima presión de sus rodillas la yegua se lanzaría a correr como el viento. Pero eso sería peligrosísimo, pues ese sendero por la orilla del acantilado ya era traicionero a plena luz del día. Un galope a toda velocidad por ahí sería sencillamente suicida. Lo tentaba seguir un camino más fácil por en medio de los árboles que bordeaban el acantilado, pero los retorcidos troncos y la espesura de los arbustos del sotobosque ofrecían muchos lugares para una emboscada.

Mantenia a la yegua a un paso moderado. No oía nada aparte de los sonidos de los cascos de *Elle*, el rumor del viento entre los árboles, el ruido de las olas que azotaban las rocas abajo, y sin embargo le hormigueaba la nuca con el conocimiento de que no estaba solo ahí en la oscuridad. Ellas estaban ahí, o al menos una de ellas. Tal vez la que presintió que comenzaba a seguirlo en esa última aldea por la que pasó.

O tal vez el agotamiento y las muy pocas horas de inquieto sueño comenzaban a debilitarlo. Pero no creía que fuera eso; el comportamiento de *Elle* le decía otra cosa. La yegua había estado nerviosa esa última milla más o menos, moviéndose como si estuviera asustada y levantando las orejas.

Acababa de inclinarse a darle una palmadita en el cuello cuando llegó el sonido a sus oídos. Al principio le pareció que era el débil llanto de un bebé. Bien podía ser el aullido del viento al azotar el promontorio que se veía más adelante. De todos modos se le formó un nudo de miedo en el vientre.

Pasado el siguiente recodo del camino el terreno se veía llano y sintió los gritos más sonoros y lastimeros. Tiró de las riendas para detener a *Elle*, y escrutó el camino en la distancia. A no más de unas cien

yardas la luz de la luna iluminaba un objeto dejado peligrosamente cerca del borde del acantilado. Cualquier otra persona podría confundirlo con una manta enrollada olvidada ahí por un pastor descuidado, pero él había visto esos bultos antes, aunque esta vez percibía una diferencia.

El bebé abandonado ahí todavía estaba vivo, su llanto le llegaba claramente con el viento. Se le desbocó el corazón, y su primer impulso fue acelerar el paso de la yegua. Pero ya había escapado por un pelo de muchas emboscadas similares como para actuar con tanta precipitación.

Desmontó, llevó a la yegua hasta un pequeño bosquecillo y amarró las riendas en el fuerte aunque flexible tronco de una haya.

Elle no actuó como si estuviera aterrorizada, pero sí resoplaba y piafaba. Con su potente pecho intentó bloquearle el paso, para retenerlo, e impedirle que saliera del bosquecillo.

Simon la acarició para tranquilizarla. Se quedó un momento al amparo de los árboles, escrutando el camino hasta la saliente del acantilado. En el terreno llano donde estaba el bebé no se veía ningún lugar donde pudiera estar alguien al acecho, no había nada que pudiera ofrecer un escondite a nadie. A él tampoco le ofrecería ningún sitio para ocultarse si algún asesino estaba al acecho más allá del camino o incluso escondido entre los árboles preparándose para alojarle una flecha en la espalda.

En todo caso, esa no era la manera normal de atacar de sus enemigas, y los sentimientos que le producía el llanto del bebé irremediablemente ya iban minando su cautela. Los gritos se iban debilitando momento a momento. Era posible que no hubieran contado con que él estaría tan cerca.

Pasó junto a *Elle* y, desenvainando su espada, echó a caminar. De pronto se acabó el llanto del bebé, después de un último gemido, y se hizo un terrible silencio. Olvidando el sigilo y el recelo, echó a correr, haciendo saltar piedras con las botas.

Se abalanzó hacia el pequeño bulto dejado en el borde del acantilado y se arrodilló a un lado. El viento movió la tosca manta que lo envolvía pero no vio ningún movimiento en el diminuto cuerpecito.

Dejó a un lado la espada, se quitó los guantes y cogió al bebé en sus brazos con una suavidad tan excepcional como sus oraciones.

Dios mío, te lo ruego, permite que haya llegado a tiempo aunque sólo sea esta sola vez.

Echó atrás la parte de arriba de la manta y se le quedó atrapado el aire en la garganta. La mirada vacía de los botones de vidrio que formaban los ojos de la muñeca estaba clavada en él, y la boca hecha con unas cuantas puntadas formando una curva parecía sonreír, burlándose. Una trampa.

Su mente sólo acababa registrar el engaño cuando oyó el ruido de una ramita al quebrarse, a sus espaldas. Se giró hacia el ruido y sólo entonces comprendió que había un hoyo cavado junto al lugar donde estaba arrodillado. Sólo había alcanzado a oír un murmullo de movimiento cuando la mujer metida ahí salió de un salto.

Enseñando los dientes al emitir un gruñido, la mujer se abalanzó sobre él, haciéndolo caer de espaldas con un golpe. La luz de la luna brilló sobre el arma que llevaba en la mano, al intentar enterrársela en el cuello. Desviándole la mano con la muñeca, se incorporó y la golpeó con la cabeza, apartándola. Ella cayó al suelo lanzando un grito de furia. Cuando logró ponerse de pie, la mujer ya se había incorporado también; y estaba entre él y su espada. Sonriendo despectiva, ella la apartó aún más con el pie, dejándola totalmente fuera de su alcance.

La mujer vestía pantalones y túnica de campesino; tenía el pelo negro revuelto y lo miraba con unos ojos de loca y la boca curvada en una expresión cruel y ladina.

Simon siempre llevaba una daga oculta en el interior de la bota pero no hizo ni amago de inclinarse a cogerla.

—Manténte ahí apartada, mujer. No tengo el menor deseo de hacerte daño. Tira tu arma al suelo y estoy dispuesto a perdonarte la vida si contestas mis preguntas.

La mujer echó atrás la cabeza y emitió un espeluznante sonido similar al llanto de un bebé.

—¿Cuál es tu pregunta? —preguntó, burlándose—. ¿Dónde está el bebé? No hay ninguno, cazador de brujas. Esta vez no. Y esa es la única respuesta que obtendrás de mí. Aparte de esto. —Diciendo eso

blandió su arma, acercándosele y moviéndose en círculo—. Quieres hacerme daño. Bah. —Escupió y el escupitajo cayó a unos dedos de la bota de él—. Sé cómo interrogan los cazadores de brujas. Con el potro y el hierro al rojo.

—Ese no es mi estilo —dijo él—. Si vuelves a atacarme, tendré que matarte.

—¿Qué importancia tiene eso? No temo a la muerte. La Rosa de Plata me resucitará.

Lanzando un chillido como para helar la sangre, volvió a abalanzarse sobre él. Simon le cogió las muñecas para apartarla. Ninguna simple mujer tendría que ser tan fuerte; cual fuera la locura o maldad que corría por sus venas, él apenas lograba mantenerla a raya. Sintió el calor de su aliento, oyó el rechinar de sus dientes cuando se le acercó tanto que estuvo a punto de desgarrarle la mejilla.

Lo preocupaba más la extraña arma que tenía aferrada en la mano derecha. Ella intentó enterrársela, y la punta rasgó la piel de su jubón. Le torció la muñeca hasta que ella gritó y soltó el arma, que cayó al suelo. Entonces ella comenzó a atacarlo con furia, dándole patadas, golpes con las manos e intentando morderlo. Dado que nada le resultaba, lo golpeó con la cabeza bajo el mentón. Simon sintió un fuerte dolor. Le soltó las muñecas y retrocedió tambaleante, y apenas logró detenerse antes de caer por el borde del acantilado.

La mujer se abalanzó sobre él con la intención de arrojarlo por el acantilado; él esquivó el ataque y fue ella la que perdió el equilibrio, pisó mal y la tierra cedió bajo su pie. Cayó por el borde e intentó agarrarse a algo para no precipitarse acantilado abajo. Simon se tiró al suelo y le cogió el brazo. Ella quedó colgando en el aire, moviendo las piernas y los brazos desesperada, con la cara blanca de rabia. Su peso le forzaba tanto los músculos que le dolieron.

—¿Quién te envió? —gruñó—. ¿Quién es esa Rosa de Plata a la que sirves?

—Vete al infierno —chilló ella.

—Dime lo que necesito saber o...

Ahógó una exclamación porque ella le enterró las uñas en la mano con tanta fuerza y saña que le debilitó la fuerza con que la tenía cogida.

Comenzó a escapársele e intentó cogerla con más fuerza, pero ya era tarde. Debatándose, la mujer cayó al precipicio y se la tragó la oscuridad; lo último que vio de ella fue su cara, sonriendo satisfecha por un loco triunfo.

Oyó el ruido que hizo su cuerpo al estrellarse en las rocas del acantilado y luego el chapoteo cuando cayó al agua. El mar parecía una bestia negra y hambrienta con las fauces llenas de espuma al devorar el cuerpo destrozado de la bruja, junto con todas las respuestas que él había deseado tan angustiosamente obtener de ella.

¿Qué demonio se apoderó de ti, mujer? ¿Dónde se esconde tu aquelarre cuando no estáis sembrando el terror e intentando matarme? ¿Y quién es esa diablesa a la que llamas Rosa de Plata? Esa hechicera a la que adoráis tanto que todas estáis dispuestas a morir por ella, creyendo que tiene el poder de traeros de vuelta del mundo de los muertos.

¿Y si era capaz de hacerlo?

La idea le produjo un escalofrío en el cuerpo, algo que no tenía nada que ver con el fuerte viento que soplaba del mar. Emitiendo un ronco gemido se apartó del borde y rodó hasta quedar de espaldas, para recuperar el aliento. Pasado un momento se sentó lentamente y se apartó el enredado pelo de la cara. No pudo evitar un mal gesto al sentir el dolor en la mano en que ella le enterrara las uñas. La boca se le llenó del salado sabor a sangre; se había mordido la mejilla cuando ella le propinó ese fuerte golpe en el mentón con la cabeza.

Se palpó suavemente la mandíbula; le dolía horribilmente, pero no estaba dislocada ni se le había caído ningún diente. Podría haber sido muchísimo peor, reflexionó, cuando su mirada recayó en la extraña arma que la obligó a soltar retorciéndole la muñeca. Había visto ese diabólico aparato antes, había visto el letal poder que tenía ese puñal de bruja, pero nunca había logrado hacerse con uno para examinarlo más de cerca y con detenimiento.

Lo recogió con sumo cuidado. A primera vista sólo parecía un estilete muy delgado con la punta tan fina como la de una aguja. Pero cuando el estilete perforaba la piel, si se presionaba el mango, un líquido venenoso fluía por la delgada hoja. Él no tenía la menor idea de

cómo funcionaba ese puñal de bruja, pero había visto los resultados. Dejaba una herida muy pequeña, que parecía distar mucho de ser mortal, pero la muerte que producía era lenta y atroz.

Dejó el arma en el suelo pensando en la manera más segura para llevarla. Encontró la muñeca y le quitó la pequeña manta que la envolvía. Sin la envoltura de la manta la muñeca tenía un tosco parecido a un bebé. Era una muñeca de trapo, con el cuerpo y la cabeza rellenos con algo que le daba el peso y el aparente tacto de un bebé pequeño al estar envuelta en la manta.

Cogió la muñeca y la arrojó por el acantilado. Su rabia fue templada por el alivio de que esta vez sólo hubiera sido eso: un falso bebé. A lo largo de sus veintiocho años había visto más crueldad, muerte y maldad que muchos hombres que lo doblaban en edad. Pero no sabía si sería capaz de soportar la vista de otro bebé muerto. Había pasado muchísimas noches desvelado imaginándose el sufrimiento de esos bebés impotentes a los que no había podido salvar por llegar demasiado tarde. Bebés dejados a la intemperie en algún lugar remoto donde nadie podía oír sus llantos, abandonados a perecer lentamente de inanición.

¿Qué clase de mujer podía ordenar a otras cometer esos crímenes tan horribles? La misma mujer que era capaz de fabricar un arma como ese estilete venenoso, con la extraña flor plateada que era su emblema grabada arrogantemente en la empuñadura. Le costara lo que le costara, era su intención encontrar a la bruja y poner fin a sus impíos crímenes. A no ser que antes la Rosa de Plata lo capturara a él.

Eso era más que probable si volvía a ser tan estúpido como esa noche. Cinco años atrás, incluso dos años atrás, no habría caído en esa trampa. Pero su solitaria cruzada lo tenía tan agotado y tan delgado que lo sorprendía que todavía proyectara una sombra.

Envolvió el estilete en la pequeña manta, recogió la espada y los guantes y volvió al bosquecillo donde había dejado a *Elle*. La yegua estaba piafando, resoplando y agitando la cabeza, tirando de las riendas con que estaba amarrada, asustada por su batalla con la bruja. Tuvo que hacerle muchas caricias, susurrándole palabras tranquilizadoras, hasta que al fin se quedó quieta y sosegada. Apoyó la frente en la aterciopelada blandura de su nariz.

—Dios mío, *Elle*, estoy muy cansado de todo esto. Terriblemente cansado.

Ella relinchó y sus ojos oscuros brillaron suavemente a la luz de la luna. Le hoció el pelo y lo lamió por encima del cuello de la camisa como si quisiera consolarlo. Por ridículo que pareciera, a veces él creía que la yegua lo entendía.

Claro que Miri Cheney no lo encontraría ridículo. Le diría que... Se le quedó atrapado el aire en la garganta al colarse la imagen de ella en su mente, muy nítida, a pesar de todos esos años; el recuerdo de una niña de pelo rubio tan claro como la luz de la luna, una cara tan etérea como la de un ángel, unos ojos azul gris que podían adquirir el matiz de la niebla matutina o el color más oscuro de una tormenta en el mar. Ojos de hada, mágicos, capaces de hacer olvidar a un hombre quién era, y lo que necesitaba hacer; o peor aún, hacerlo olvidar quién era ella: una hija de la tierra, una mujer sabia. Así era como se llamaba ella a sí misma; pero se llamara como se llamara a sí misma, una bruja sigue siendo una bruja. Y sin embargo, en Miri había algo diferente.

A pesar de los desafortunados antecedentes de su familia en hechicería, ella había estado más desorientada que manchada por el mal. La niña era inocente, tenía una luminosa fe en la bondad última del mundo, el deseo y la esperanza de encontrar lo mejor en las personas. ¿Niña? No, ya sería una mujer madura, y era probable que su luz se hubiera apagado desde que su familia se vio obligada a abandonar su casa en la isla Faire y exiliarse. Él era en gran parte responsable de eso.

Ese año le había llegado el rumor de que una de las hermanas Cheney había vuelto a la isla y vivía ahí en sosegado retiro; una mujer que poseía una capacidad casi sobrenatural para curar a cualquier animalito enfermo o herido que se cruzara en su camino. Sólo existía una persona en el mundo capaz de hacer eso: Miri.

Apretó fuertemente las riendas de *Elle* intentando quitarse a Miri de la cabeza. Su recuerdo le desencadenaba remordimientos tremendamente dolorosos. Pero ese último tiempo Miri le invadía cada vez más los pensamientos y ya no era capaz de cerrarle las puertas de su mente. Sus enemigas estaban reuniendo fuerzas en un grado alarman-

te. Estaba solo. Estaba agotado. Estaba desesperado. Cada día que pasaba lo acercaba más y más a la conclusión a la que se resistía obstinadamente: sólo había una manera de derrotar a la Hermandad de la Rosa de Plata.

Necesitaba la ayuda de otra bruja.

.....Capítulo 1.....

*E*n la distancia se cernía una tormenta; los oscuros nubarrones se iban reuniendo como una manada de caballos salvajes preparándose para pasar por Port Corsair y arrasar con la quietud de esa tarde de verano. Miri, que llevaba al trote a su poni para entrar en el pequeño pueblo portuario, se enderezó en la silla, con las ventanillas de la nariz agitadas por el olor a agua que impregnaba el aire. Según sus cálculos la tormenta tardaría una hora en caer, o a lo más, dos. Normalmente la rocosa costa de la isla Faire recibía lo peor de las tempestades que venían del mar, pero ni siquiera el centro de la pequeña isla saldría impune de la fuerza de la que amenazaba.

El fuerte viento que soplaba del mar amenazaba con hacer estragos en su pelo rubio claro, pero lo llevaba firmemente recogido en una trenza que le caía por la espalda hasta la cintura. Ese pelo tan recogido podría dejar demasiado expuesta la cara de otra mujer, pero a ella sólo le realzaba la pasmosa forma de sus pómulos. Parecía haber algo feérico en su expresión, el reflejo de una mujer muy reservada y tímida, que se sentía más cómoda con los animalitos del bosque que con los seres de su especie.

Alta y delgada, llevaba un vestido hasta los tobillos, ceñido a la cintura por un cinturón, de un color gris claro que aumentaba la etérea ilusión de que era una mujer que se desvanecería en una voluta de niebla. La falda y las enaguas arremolinadas y tirantes alrededor de las rodillas se las apretaban desagradablemente, pues iba montada a horcajadas.

Las prácticas mujeres de la isla Faire nunca habían adoptado la moda de la silla para mujer. Si fuera por ella, ni siquiera usaría esa silla de montar masculina, y vestiría unas cómodas calzas de hombre, como acostumbraba a hacer cuando era niña; pero no se atrevía, pues ya su sola presencia causaba revuelo cuando se aventuraba a venir al pueblo.

Aminoró la marcha poniendo al poni al paso, y se preparó para el ya conocido asalto de caras de mujeres asomadas por encima de las rejas o setos de sus casas. Algunas simplemente la miraban, otras inclinaban la cabeza, en un nervioso saludo. Una mujer de mejillas como manzanas que estaba arrancando malas hierbas en su jardín se atrevió a hacerle un gesto de saludo con la mano, pero cuando ella terminó de pasar se giró inmediatamente a susurrarle algo a su hija.

Miri mantuvo la cabeza erguida, pero los murmullos, susurros y miradas la hicieron retroceder muchos años, hasta otro día de verano así nublado:

Mientras el tambor tocaba una implacable retreta a ella le parecía que el corazón le retumbaba a ese ritmo mientras los cazadores de brujas, con sus caras lúgubres y túnicas negras la llevaban hacia la plaza del pueblo. El dogal que le habían amarrado al cuello le hería la piel, pero ella intentaba mantener la cabeza erguida, no olvidar quién era, la hija del valiente caballero Louis Cheney y la señora Evangeline, una de las mujeres más sabias que había conocido la isla Faire. Pero la acobardaban todos esos ojos fijos en ella, esas caras de personas que había creído sus amigos y vecinos.

Era una verdadera hija de la tierra. ¿Cómo podían creer que era una bruja que había hecho un impío pacto con el demonio? ¿Por qué alguien deseaba hacerle daño? Giró la cabeza y dirigió una mirada suplicante al más joven de los cazadores de brujas. Aunque tragó saliva y se le humedecieron los ojos, Simon continuó marchando y tocando tenazmente el tambor.

Estremeciéndose, expulsó el recuerdo relegándolo a los oscuros recovecos de su pasado, donde debía estar. Ya no era esa niña asustada y desconcertada, sino una mujer de veintiséis años, ya muy fami-

liarizada con la ignorancia y la crueldad que se podía encontrar en el mundo. Habían cambiado muchas cosas en su vida desde ese oscuro día de verano en el que sobrevivió al arresto por brujería, a excepción tal vez de una cosa: muchas personas seguían sospechando que ella practicaba la brujería.

—¡Asquerosa brujita!

A su pesar se encogió al oír ese agudo grito. Cambiando de posición en la silla se giró a mirar para ver quién había lanzado ese furioso grito, y sólo entonces se dio cuenta de que el insulto no iba dirigido a ella.

Cerca del pozo comunal estaban agrupadas unas seis mujeres enzarzadas en una acalorada discusión. El primer impulso de Miri fue pasar de largo cabalgando al galope. Detestaba los altercados del tipo que fueran, y, además, su hermana Ariane le había dado consejos cuando decidió volver a la isla Faire seis meses atrás. La mañana en que se despidieron, Ariane le cogió la cara entre las manos, mirándola con sus exquisitos ojos grises preocupados y solemnes.

—Sé lo mucho que necesitas volver a nuestra tierra, Miri, pero, por favor, ten mucho cuidado. A ti nunca te han condenado por traición y brujería como a Gabrielle y a mí. No les des ningún motivo para hacerlo ahora. Vive sosegada y discretamente en la isla Faire. Ten presente que incluso ahora, pasado tanto tiempo, nuestra familia sigue teniendo enemigos poderosos.

Enemigos como Catalina de Médicis, la reina de Francia viuda, mucho más conocida como la Reina Negra, y considerada hechicera, y su hijo Enrique, el actual rey de Francia, hombre irracional y vengativo. Pero el principal enemigo en opinión de Ariane era aquel del que no se hablaba nunca, y cuyo nombre bastaba para producirle a ella una profunda pena: el cazador de brujas Simon Aristide.

Así como ella ya no era una niña inocente, Simon ya no era el niño de corazón tierno aprendiz del aterrador y fanático cazador de brujas Vachel Le Vis. Con los años Simon se había convertido en un adversario endurecido y peligroso, mucho más temido que su difunto maestro, el que la arrestó aquella vez.

Ese día de la despedida, mientras le daba un fuerte abrazo a Ariane, le prometió hacer todo lo posible por seguir su consejo.

- No hagas nada que pueda atraer hacia ti demasiada atención.
- No lo haré, Ariane, te lo prometo.

Recordando esa promesa, presionó las rodillas, instando a *Saule** a alejarse de la plaza, e intentando cerrar los oídos a las airadas voces. Pero por el rabillo del ojo vio a la víctima de esa ira, una chica pelirroja que parecía tener no más de catorce años. Con una mano la niña tenía cogido por los extremos el chal que le envolvía los frágiles hombros, un chal tejido con muchos colores vivos, como la capa multicolor del José bíblico. Aunque la cara pecosa de la niña expresaba franco desafío, tenía la otra mano apoyada protectoramente sobre el abdomen.

Al comprender, sorprendida, el motivo de ese gesto, tiró de las riendas. La chica estaba embarazada y tenía el vientre muy abultado, y su cuerpo delgado y frágil se veía incapaz de soportar el peso de ese abultado vientre.

Su principal contrincante parecía ser una mujer angulosa que al levantar los brazos despotricando se le habían subido las mangas, dejando ver unos brazos curtidos y rojizos por el duro trabajo. La reconoció; era Josephine Alain, la mujer del alfarero del pueblo.

—¡Guarra! —gritó la mujer, avanzando hacia la chica—. Te damos el último aviso. No queremos que vuelvas a enseñar tu cara en el pueblo nunca más.

Las vecinas corroboraron las palabras de madame Alain en un coro de voces airadas. Solamente la tímida madame Greves parecía suplicar que se calmaran. La chica masculló una furiosa réplica, con la cara bañada en lágrimas de desafío.

Madame Alain se le acercó otro poco, farfullando más insultos y moviendo un dedo bajo la nariz de la chica. Esta retrocedió un paso y con un manotazo le apartó la mano.

* Saule: Sauce. (*N. de la T.*)

Horrorizada, Miri vio que la mujer se abalanzaba sobre la chica embarazada y comenzaba a abofetearla y tirarle el pelo. Olvidando la promesa que le hiciera a su hermana, se apresuró a desmontar y, cogiendo la brida de *Saule*, miró uno de sus grandes y dulces ojos.

—Espera —le ordenó en voz baja y corrió hacia el grupo de mujeres.

Cuando llegó ahí, la chica ya había buscado refugio en la base de la estatua que se alzaba en la plaza; estaba hecha un ovillo para protegerse, con el chal multicolor sobre la cabeza, mientras madame Alain le golpeaba la espalda. Las otras mujeres la rodeaban, animándola a continuar; sólo madame Greves se había quedado atrás, retorciéndose las manos en el delantal.

Se abrió paso apartando a las mujeres y, pasando el brazo por el cuello de madame Alain, la apartó de la chica caída.

—Basta —le dijo al oído, entre dientes—. ¿Ha perdido totalmente el juicio?

Gruñendo, madame Alain intentó liberarse del brazo. Miri la hizo girarse con la fuerza nacida de la desesperación y le dio un fuerte empujón.

La mujer se tambaleó hacia atrás y cayó sentada en el suelo con un fuerte golpe. Soltando furiosas maldiciones, intentó liberar las piernas de las enredadas enaguas para ponerse de pie.

Aunque sentía retumbar el corazón en el pecho, Miri se colocó delante de la chica pelirroja, con las manos apretadas en puños.

—Quietas ahí, todas. La próxima persona que le ponga encima las manos a esta niña responderá ante mí.

Josephine ya se había levantado y estaba preparada para abalanzarse sobre Miri, pero dos de sus vecinas la sujetaron.

—Santo cielo, Josephine. ¿No ves quién es? La Cheney.

El apellido de Miri se elevó en un murmullo en el grupo de mujeres, y sus caras reflejaban miedo, recelo y respeto en diversos grados. Aunque madame Alain se soltó de las manos que la retenían, también retrocedió un paso, con los ojos agrandados.

Miri encontró desconcertante el repentino silencio. Sintió alivio cuando madame Greves se armó del valor para acercarse a colaborar;

cogiendo suavemente a la chica por el codo, la ayudó a levantarse. Tan pronto como la chica estuvo de pie, hizo bruscamente a un lado la mano de la mujer.

—Déjeme en paz, maldita sea. Estoy bien.

Con los ojos como platos por el espanto, madame Greves se apresuró a retroceder.

La chica parecía agitada, pero por lo demás estaba ilesa. Miri soltó el aliento en un largo soplido. Se había metido en el medio de esa situación y no sabía qué más hacer. Estaba dolorosamente consciente de que no poseía ni el aura tranquilizadora de Ariane ni el porte regio de su otra hermana, Gabrielle.

La perturbaba más la perspectiva de hablar a ese grupo de mujeres hostiles que lo que sintió cuando se abrió paso por entre ellas. Cruzándose de brazos, a la defensiva, preguntó, en un tono que esperaba fuera autoritario:

—¿Alguien podría explicarme qué ocurrió aquí?

—Esto no es asunto tuyo, Miribelle Cheney —dijo madame Alain.

Con el viento se le habían escapado mechones de pelo canoso del moño y los tenía revoloteando por la cara que en otro tiempo fuera hermosa. La amargura le daba una fea expresión regañona a su fisonomía.

—Me parece que es asunto mío cuando mujeres adultas se desquician tanto como para atacar a una niña inocente. Que además, está en una avanzada fase de embarazo.

—¿Inocente? —bufó madame Alain—. Carole Moreau no es otra cosa que una putita que le abre las piernas a todos los marineros que llegan al puerto.

—Ah, ¿le fastidia que no le deje ninguno a usted? —ladró Carole.

—Vas a ver, puerca, marrana —exclamó madame Alain, abalanzándose otra vez.

Pero Miri le cerró el paso, deteniéndola con una fiera mirada.

—Te hemos advertido una y otra vez que no vengas aquí —le gritó madame Alain a la muchacha por encima del hombro de Miri— a pavonearte ante mujeres decentes con ese bastardo que te está creciendo en el vientre.

—Tengo tanto derecho a venir aquí como cualquiera —replicó Carole furiosa, aunque le temblaron los labios.

—Deberías quedarte en casa y tener escondida tu vergüenza y deshonra.

—Yo diría que la vergüenza y la deshonra recaen más en los hombres que se han aprovechado de una niña —dijo Miri glacialmente.

—Ah, no, señora Cheney —terció otra de las mujeres, una rubia rolliza—. Carole es una criatura mala, de verdad. Siempre nos echa maldiciones. El otro día me cortó la leche. Sus ojos irradian maldad.

Varias mujeres asintieron, manifestando su acuerdo, y se santiguaron.

Miri las miró, moviendo la cabeza, incrédula.

—¿Desde cuándo las mujeres de isla Faire creen en esa tontería del mal de ojo? ¡Dios mío!, he visto una buena cantidad de locura y maldad en el resto del mundo, pero esta isla fue en otro tiempo un lugar de paz y refugio, en especial para las mujeres que se encontraban con incomprensión y maltrato en otras partes. Solíamos tratarnos con respeto. ¿Qué les ha ocurrido a vuestra bondad y compasión?

Miró suplicante a los ojos de cada mujer, perforándoselos con su mirada. La mayoría bajaron la cabeza o desviaron la vista. Solamente habló madame Alain:

—Has estado lejos mucho tiempo, Miri Cheney. Nada ha ido bien en esta isla desde las incursiones de Le Balafré* con sus cazadores de brujas. Ahora la gente de tierra firme tiene miedo de venir aquí, y nuestro comercio ha quedado en nada. Esto ha golpeado especialmente fuerte a mi familia, se hundió nuestro negocio de alfarería, y mi marido murió de pena, dejándome con seis hijos que debo alimentar para que no se mueran de hambre. Y de todo esto tienen la culpa tus hermanas, por atraer sobre nuestras cabezas la ira de ese maldito cazador de brujas y del rey.

Miri sintió arder las mejillas, pero contestó calmadamente:

—Mis hermanas no son traidoras ni brujas. Lamento muchísimo sus problemas, señora, pero si quiere echarle la culpa a alguien, échese

* Le Balafré: el de la cara acuchillada. (*N. de la T.*)

mela a mí. Todo fue culpa mía, por poner equivocadamente mi fe en un hombre que no se lo merecía, por no detener a Le Balafré cuando tuve la oportunidad.

Aunque se detestaba por eso, ni siquiera en ese momento podía pensar en él como el temido Le Balafré; para ella seguía siendo Simon, Simon Aristide.

—Ah, pues, sí que te culpo —dijo madame Alain. Aunque las demás mujeres miraron recelosas a Miri y madame Greves intentó hacerla callar, se le acercó más. Miri sintió salir de ella la animosidad como una ola oscura y ardiente—. Aunque nadie más tiene el valor de decirte esto, no eres más bienvenida en esta isla que esa marranita a la que proteges.

—Lamento que sienta eso, señora —dijo Miri, mirándola fijamente a los ojos, sin encogerse—. Pero la isla Faire es mi hogar, como lo es de la señorita Moreau. Ninguna de las dos se va a ir a otra parte.

Madame Alain fue la primera en desviar la vista, aunque masculando:

—Eso lo veremos.

Acto seguido echó a andar por la hierba, y las demás mujeres la siguieron.

Sólo se quedó madame Greves. Tironeándose los extremos de su pañoleta, miró a Miri muy seria.

—No debes hacerle caso a Josephine, señora. Lo ha pasado muy mal y muchas veces dice cosas que no quiere decir.

—Madame Alain sólo ha dicho lo que piensan todas las demás.

—No todas —dijo madame Greves, aventurándose a tocarle la manga—. Tal vez crees que todos hemos olvidado el bien que hizo tu familia en la isla Faire en otro tiempo. Pero muchos recordamos aquellos tiempos y nos regocija tener de vuelta entre nosotros a nuestra señora.

—Ah, no, señora —exclamó Miri—. Yo no soy la señora de la isla Faire. Esa era mi hermana Ariane.

—Eso lo sé, querida mía. Qué mujer tan buena y sabia, la señora Ariane, una verdadera curandera. Quiera Dios que algún día pueda retornar a nosotros. Pero tu don para curar a los pobres animales es tan inmenso como el de ella para sanar a personas enfermas. Todos hemos sabido cómo resucitaste a la vaca de Pomfrey.

—¡No, no! No estaba muerta, sólo estaba muy enferma. Fue...

—¡Un milagro! —exclamó madame Greves sonriéndole de oreja a oreja—. Tienes una magia muy poderosa. Tu fama se ha extendido incluso hasta tierra firme. —La menuda mujer le susurró en tono de complicidad—: Hemos dado en llamarte nuestra Dama del Bosque.

A Miri se le oprimió el corazón de consternación. Hasta ahí llegaba su promesa a Ariane de no atraer la atención, y apenas llevaba seis meses de vuelta ahí. Antes que pudiera intentar convencer a madame Greves de que la curación de la vaca sólo había sido el resultado de un tratamiento sensato, las interrumpió la chillona voz de madame Alain desde el otro lado de la extensión de hierba. Al darse cuenta de la deserción de su amiga, la llamaba imperiosamente:

—¡Laurette!

Madame Greves se apartó y se inclinó en una profunda reverencia.

—Bueno, sólo quería que supieras eso, mi señora.

—Gracias, madame, pero no soy su señora. Sólo soy...

Pero madame Greves ya se había alejado, casi corriendo detrás de las otras mujeres.

Miri exhaló un suspiro. Pese a la amabilidad de Laurette Greves, no lamentaba verla alejarse; la veneración de la mujer le causaba tanta incomodidad como la hostilidad de madame Alain.

Ya pasado el enfrentamiento, sintió pasar por todo el cuerpo el estremecimiento que era siempre la secuela de cualquier situación de furia o violencia; sentía las terminaciones nerviosas como si fueran las delicadas cuerdas de un arpa punteadas por manos torpes, produciendo notas discordantes.

Rodeándose con los brazos miró hacia el lugar donde estaba *Sau-le* paciendo tranquilamente en la hierba. Deseó correr y montar de un salto en el poni y volver a la soledad de su bosque para recuperar su serenidad y armonía. Había olvidado la presencia de Carole, hasta que la oyó gruñir algo a su lado.

—Que se pudran ese montón de viejas arpías. Casi me rompieron el chal, y mi abuela lo tejió especialmente para mí antes de morir. Si pudiera maldecir a todas esas miserables, lo haría sin pensarlo dos veces, les haría brotar verrugas en las narices y granos en sus gordos culos.

Con los labios temblorosos se quitó una mancha de tierra del extremo de su amado chal, pero cuando se dio cuenta de que ella se había girado a mirarla, se pasó el extremo del chal por encima del hombro y alzó el mentón en un ángulo agresivo. Sus pecas se destacaban en fuerte contraste con su piel blanca, debajo de un ojo comenzaba a formársele un morado y en las mejillas todavía tenía las huellas de las lágrimas. Su cara parecía la de una niña pequeña, mientras que la expresión de sus fieros ojos azules semejaba la de una mujer muy mayor.

—Supongo que espera que le dé las gracias por haber acudido en mi defensa —dijo de mala gana—. Pero no era necesario. Sé cuidar de mí.

—De eso no me cabe duda, señorita.

Otra mujer podría haberse desconcertado ante esa agresividad. Miri estaba muy acostumbrada a los gruñidos y amenazas de los animales heridos del bosque, enseñando los dientes para enmascarar el dolor y el miedo. Sus muchos años de experiencia le habían enseñado a discernir cuándo tocar y cuándo refrenarse. Sacó el pañuelo que llevaba bajo el cinturón y se lo tendió.

Carole miró el pañuelo con desconfianza.

—¿Eso para qué? —Se pasó el dorso de la mano por las mejillas mojadas—. No estoy llorando.

—No, claro que no, pero estás sangrando. Tienes partido el labio.

Carole sacó la lengua e hizo un mal gesto al sentir el sabor de la sangre en la comisura de la boca. De mala gana cogió el pañuelo y se lo pasó por el labio.

—No soy una guarra tampoco, diga lo que diga madame Alain.

—Nunca he creído que lo fueras —dijo Miri amablemente.

—No fueron muchos marineros, sólo uno. Y Raoul me dijo que me amaba y se casaría conmigo y me compraría un fino vestido azul. —Se le agitó la garganta al tragar saliva—. Y entonces se embarcó y no volvió nunca más y... ¡el diablo se lo lleve! Le eché una maldición y espero que se caiga al mar y se lo coman los tiburones. —Echó atrás la cabeza, desafiante—. Ya está. Ahora supongo que me va a decir que soy mala, que es malo decir esas cosas.

—No, es muy comprensible que sientas eso.

La chica la miró recelosa al oír esa respuesta. Ladeó la cabeza y la miró, como si no supiera cómo interpretarla.

—¿De veras te encuentras bien? —le preguntó Miri, entonces, preocupada—. Tal vez deberías irte a casa para que tu mamá...

—Mi madre murió el invierno pasado. Ahora vivo con mis tíos, pero sólo porque ellos no han podido tener hijos. Si tengo un niño, lo adoptarán y me dejarán quedarme a vivir con ellos.

—¿Y si es una niña?

—Ah, supongo que nos van a echar a la calle a las dos —contestó Carole, encogiéndose de hombros, como queriendo fingir que le daba igual uno u otro resultado.

Miri tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar el horror y la consternación, sin poder concebir tanta crueldad por parte de esas personas que deberían cuidar de esa niña, calmar sus temores y darle seguridad. En su familia siempre había encontrado un cariño tan inmenso que no lograba imaginarse haciendo nada que fuera tan, tan malo que la hubiera excluido de su amor y perdón.

Sintió una pena inmensa por Carole, pero siempre le había resultado difícil comunicarse con personas desconocidas.

—Carole —le dijo, casi con timidez—, te confieso que sé más de yeguas parturientas que de una niña que está a punto de dar a luz. Si hay algo que yo pueda hacer, me gustaría ayudarte. —le tendió la mano—. Me... me llamo Miri Cheney.

Por la cara de la chica pasó una expresión de tristeza. Estaba claro que no había recibido muchos gestos de cariño en su vida, al menos no ese último tiempo. La chica estuvo un buen rato mirándola a los ojos, y luego pestañeó y retrocedió, endureciendo sus rasgos casi infantiles.

—Ah, aquí todo el mundo sabe quién es usted, mi Dama del Bosque. Gracias por su ofrecimiento, pero no tengo ninguna vaca enferma ni ningún conejito herido que necesite su atención. Me lo han contado todo de usted, una bruja a medias que tiene miedo de usar sus verdaderos poder y conocimientos.

—No sé quién te ha dicho esas cosas, pero no me considero bruja. Soy una hija de la tierra, nada más y nada menos.